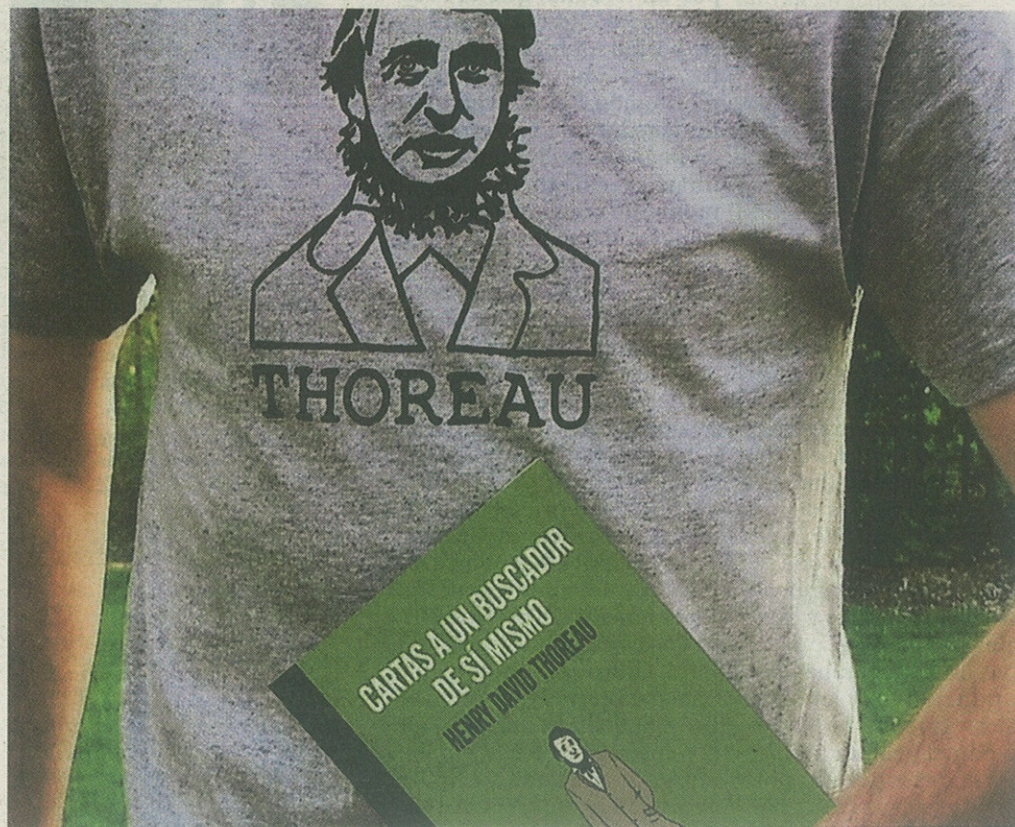


## UN ALMA MARAVILLOSA



Thoreau es un experto en explicarse a sí mismo. | LP / DLP

**Tenía un alma** maravillosa". Con estas palabras se despidió Emerson de su amigo y vecino de los bosques de Concord, Massachusetts, Henry David Thoreau, el 6 de mayo de 1862. El llamado "filósofo de la naturaleza" tenía cuarenta y cuatro años cuando dio su último suspiro a dos kilómetros y medio de la laguna de Walden, donde vivió en una cabaña construida por él mismo durante dos años. Las últimas palabras que salieron de su boca fueron "alce" e "indio", quizá en recuerdo de la vida salvaje que había llevado lejos del mundanal ruido. Sus años en Walden, vividos sin sobresaltos y plenos de pensamientos elevados, fueron un mo-

delo para todos aquellos que anhelaban una vida simple y nueva, y no la vida de "tranquila desesperación" que llevaban en las ciudades.

**Ahora, un siglo** y medio después de su muerte, tanto *Walden* como estas *Cartas a un buscador de sí mismo*, escritas por Thoreau a su amigo Harrison Blake y que ahora se publican en España por primera vez gracias a la editorial Errata naturae, siguen siendo libros de referencia para todos aquellos que alguna vez dudaron de la posibilidad de transformar sus vidas, habituados al mal desempeño de sus deberes, convencidos de que el delito no paga. "Si busca persuadir a alguien que hace mal",

## PRÓXIMO PRÓJIMO

A Gordon Lish, editor de la revista *Esquire* y director literario de la editorial Alfred A. Knopf, uno se lo imagina sentado en su escritorio de Nueva York corrigiendo los cuentos de Raymond Carver, repasando mentalmente las palabras eliminadas de sus primeros libros de cuentos. Según su viuda, Tess Gallagher, casi el cincuenta por ciento del texto original de *De qué hablamos cuando hablamos de amor* desapareció engullido por el lápiz de Lish, a la sazón editor de Carver, Richard Ford, Cynthia Ozick (¿hay algún editor en la sala? Pues tomen nota porque Ozick no tiene quien la transcriba al español) o David Leavitt. Mucho le cogimos manía a Lish hasta que la editorial Periférica nos abrió los ojos con sus novelas *Perú* (obra maestra donde las haya, precisamente encumbrada al merecido estatus de culto por el estilo implacable, gélido y minimalista que hizo grande a Carver) y *Epígrafe*, inéditas hasta entonces en España. Ahora Periférica anuncia la próxima publicación de *My romance*, otra de esas rabiosas obras maestras de Lish, con él mismo como protagonista, y con un reparto que incluye a su padre, a su madre, a su hermana y a su esposa. En *My romance*, Lish habla obsesivamente sobre la muerte de su padre, de la que se siente responsable, y de su soriasis crónica, que le condujo a tener un "romance" con un compañero de Random House.

escribe Thoreau a Blake, un sacerdote que colgó los hábitos como él, "actúe bien. Que no le importe si no lo convence. Los hombres creen en lo que ven. Consigamos que vean. [...] No sea simplemente bueno, sea bueno por algo".

**Si Goethe** pedía luz, más luz, de la luz entendida como claridad para comprender algo, el autor de *La desobediencia civil* nos la ofrece en abundancia en estas cartas, donde se ve a un Thoreau sabio y lúcido, que no teme enfrentarse a cualquier tema (religión, amor, castidad, sensualidad) porque sabe lo que quiere y sabe que puede hacerlo. Lo consiga o no, esa confianza está a la vista y procede de años y años de conocerse a sí mismo: "Soy, simplemente, lo que soy, o comienzo a serlo. Vivo el presente. El pasado es sólo un recuerdo para mí, y el futuro una anticipación. Amo la vida, amo el cambio más que sus modalidades. En la historia no está escrito cómo el malo se hizo mejor. Creo en algo, y no hay más. Sé que soy".

**La lectura** de *Cartas a un buscador de sí mismo*, que son una suerte de autobiografía a trozos, viene a demostrar lo cercano del pensamiento de Thoreau. Sin alzar la voz pero sin declinar la mente, Thoreau no teme exagerar el valor y el significado de la vida, sino más bien "sentiría tener que recordar que estuve allí, pero que no advertí nada reseñable; como un príncipe disfrazado de rana". Casi no hay página de este epistolario que no invite al lector a cerrar un momento el libro y quedarse en silencio meditando sobre lo leído. Algunas reflexiones son persistentes en su exigencia: "No debemos dejar de señalar hacia las cumbres, aunque la multitud no ascienda a ellas. [...] No es que amemos estar solos, sino que amamos llegar muy alto, y cuando lo hacemos, la compañía se vuelve cada vez más escasa, hasta que desaparece". Un grande. A sus pies.